

NOTAS E INFORMACIÓN

UN HOMENAJE A VÍCTOR SÁNCHEZ DE ZAVALA ¹

I. PRESENTACIÓN

Una característica de las personalidades excepcionales es su capacidad de elevar, de engrandecer todo aquello con lo que se relacionan. Es el caso de Víctor Sánchez de Zavala (VSZ) y este homenaje es, como intentará mostrarse, una manifestación de la mencionada capacidad.

Para mi promoción universitaria (Universidad Complutense de Madrid, 1974-1979), hasta la «Lingüística General II» de quinto (dada por Ignacio Bosque), el nombre de VSZ evocaba un mundo extraño del que iban llegando fragmentariamente referencias indirectas, casi siempre críticas. Posteriormente, fuimos sabiendo más cosas pero nunca las suficientes para que VSZ abandonara ese lugar inaccesible a nuestros conocimientos y esfuerzos.

El tiempo, el número dedicado de *Revista de Occidente* (n.º 196, septiembre de 1997), la breve nota de V. Demonte (1997) en *Isegoría*, algún otro escrito como los aparecidos en *Theoria* (Demonte y Espinal, 1998; Gomila, 1998), la extensa reseña de F. García Murga (1999) y ahora este homenaje nos hacen pensar en la injusticia de esta ignorancia y en la suerte de aquellos que lo conocieron. Especialmente, en los tiempos heroicos de los años 60 y principios de los 70, en los que el autor de aquel legendario *Hacia una epistemología del lenguaje: cuatro ensayos* (Madrid, Alianza editorial, 1972) era pieza indiscutible en una decisiva renovación de la lingüística (y no sólo de ella) española.

Frente a los habituales homenajes, compuestos por varios volúmenes y llenos de múltiples colaboraciones, que igual podrían haberse encontrado en una revista o en cualquier otro volumen colectivo, lo primero que llama la atención de *Palabras*

¹ Kepa Korta y Fernando García Murga (comp.) (2000): *Palabras. Víctor Sánchez de Zavala in memoriam*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 409 págs. Agradezco mucho la ayuda prestada por Carlos Piera y Manuel Leonetti.

es su sobriedad editora, relativa pequeñez y calor humano². No son defectos, precisamente; lo que no hay de alarde y «difusión», lo hay de verdad y valor. Como todo lo que se hace desde el amor y la competencia. Quizá estas cualidades no sean ajenas a otra característica del volumen que quisiéramos destacar. Vivimos en tiempos en los que la ciencia aplicada domina hegemónicamente; para el que esto escribe, encontrar un trabajo de tan alto nivel teórico ha sido un motivo de satisfacción. La vieja concepción aristotélica de la ciencia como actividad desinteresada, puramente teórica no ha desaparecido completamente entre nosotros. Por esa característica, *Palabras* es una excelente herramienta para adquirir una información solvente y muy actualizada de lo que está haciéndose hoy dentro de diversos campos que caen mayoritariamente dentro del complejo cognitivista.

II. EXAMEN DE LAS COLABORACIONES

2.1. Aspectos biográficos de VSZ

Los cinco primeros capítulos son específicamente biográficos; sin embargo, referencias apasionadas a la persona de VSZ se encuentran en bastantes otras colaboraciones³. Confesamos, por su triste actualidad, que nos ha impresionado la escueta narración de J. M. Larrazabal (págs.73-74) sobre algunas penalidades pasadas por el homenajeado en su última etapa docente de la Universidad del País Vasco. Era el destino de aquel ingeniero industrial que dejó tan prestigiosa profesión para matricularse en Filosofía en el curso 60-61 y, desde entonces, ocupar en nuestras Humanidades una posición original e insobornable. Es el destino de todos los grandes hombres, de esos que, de acuerdo con la dialéctica hegeliana del amo y el siervo, escogen el primer papel y con él, la libertad. Y eligen ésta última aun a costa de la soledad, aun a costa de la tranquila y confortable paz de llevarse bien con los poderosos de cada momento y de cada lugar⁴.

² A menudo, VSZ es sólo *Víctor*, y no es el único caso del libro en que ilustres investigadores son nombrados únicamente con su nombre.

³ Por ejemplo, están las informaciones biográficas —en realidad, como las otras, unas memorias— que se encuentran en Delval (págs. 118-121) o Espinal (págs. 325-327). Es interesante observar las diferencias entre las de los amigos y compañeros iniciales, y las de los que vinieron después. Dentro de estas informaciones sobre VSZ, debe leerse con atención algún juicio un poco crítico en C. Martín Gaité o M. D. Avia, útiles para completar mejor el conocimiento de su persona. Otra buena fuente de datos sobre VSZ lo ofrecen sus breves y esporádicas creaciones más o menos literarias, que encontramos en el escrito de M. D. Avia o al final de *Palabras* (págs.399-402).

⁴ Con VSZ, se incumple la maldad de J. Á. Valente de que una escuela está formada —en una urdimbre de mutua utilización, propia de *personópolis* que degeneran en *dorópolis* (cf. J. A. Jáuregui, 2000 [1990], pág. 80)— por un hombre genial muy ambicioso, y un conjunto de

En efecto, los cinco primeros capítulos lo conforman recuerdos personales del profesor desaparecido —«Pasarela hacia lo desconocido» de C. Martín Gaité, págs. 17-22; «Víctor Sánchez de Zavala, recuerdos de una amistad» de E. García Camarero, págs. 23-34; «Historia de una amistad (en notas sueltas)» de E. Barjau, págs. 35-44; «Recuerdos» de K. Korta, págs. 45-50; y «Cuatro instantáneas con Víctor Sánchez de Zavala» de F. García Murga, págs. 51-57—. En todas estas semblanzas, llega un tono de sinceridad y de humildad que, en algunos casos, conmueve, y que sin duda hay que ver como el fruto ejemplificante del biografiado.

De la lectura, en la misma línea de C. Piera (1997), de estas referencias biográficas sobresalen algunos rasgos de la personalidad de VSZ, dominada por esa sed insaciable de saber propia de «los pocos sabios que en el mundo han sido». Como hombre, el valor de su amistad y su independencia. Como investigador, su conformismo, su infatigable curiosidad lectora y su capacidad de suscitar nuevos proyectos y creaciones. Como profesor, su despego de prebendas y beneficios (ese minúsculo, sombrío y compartido despacho de la Facultad de Filosofía en la UPV), su vocación (ni un minuto de retraso, ni una clase sin dar); su entrega desinteresada a los alumnos, que se traducía en intentar sacar de ellos lo mejor sin concesión alguna⁵. Muchas cualidades, ¿cuál es el secreto que las explica y relaciona? Seguramente, que amaba su trabajo y no las recompensas más evidentes que éste pudiera traer (C. Piera, 1997, pág. 88). En VSZ, en la medida en que esto podemos decirlo; se cumplió, con esa excelencia llamada autenticidad, «una característica omnipresente y admirable de los humanos: su tenacidad, su contumacia o persistencia en seguir los caminos que le parecen suyos, sean éstos los que fueren» (Avia, en este mismo volumen, pag. 382).

Un aspecto biográfico de VSZ, importante en la reciente historia de la lingüística española, es su papel —junto a C. P. Otero o F. Lázaro Carreter— en la introducción del generativismo en España y, al mismo tiempo, de la «lingüística matemática». Son muy interesantes a este respecto los recuerdos de C. Martín Gaité, E. Barjau y, sobre todo, de E. García Camarero (cf. Demonte y Espinal, 1998, págs. 16-19). Este último, colaborador de Rey Pastor en Argentina⁶, aglutinó una serie de jóvenes lingüistas en torno a un Seminario de Lingüística Matemática (1968-1971)

mediocres que lo siguen para medrar a su sombra. Claro que VSZ no constituyó nunca una escuela; por lo que hemos podido ver, más que acólitos promocionados, lo que dejó fueron amigos.

⁵ Sobre este particular son significativas las semejanzas entre las experiencias de sus alumnos (E. Barjau, págs. 39-40; K. Korta, págs. 45-48; García Murga, págs. 52-55) y las de los de X. Zubiri (J. Marías, 1972 [1948], págs. 133-138).

⁶ Nos interesa este detalle, pues recientemente hemos estudiado el discurso de ingreso en la RAE de Rey Pastor («Acerca del álgebra del lenguaje», 1954) (Martí Sánchez, en prensa). La propuesta de Rey Pastor no encontró terreno propicio y cayó en el olvido. El momento no llegó hasta las actividades de García Camarero, VSZ, C. Piera ...

en el Centro de Cálculo de la Universidad de Madrid. En medio de esta «generación del 68» (tan distinta de esa otra de los discípulos de D. Rafael Lapesa y bastante relacionada con la entonces recién nacida Universidad Autónoma de Madrid), sobresalía VSZ (García Camarero, págs. 26-29). Nos imaginamos cómo debía sonar entonces (si es que sonaba) en el panorama filológico español eso de «lingüística matemática»⁷.

2.2. *Estudios particulares*

Aunque sin casi nunca perder de vista a VSZ (cf. Avia, en este volumen, pág. 381), el resto de las colaboraciones se enfrenta a diversos asuntos, la mayoría relativos a la Filosofía del Lenguaje, Pragmática y Psicología, sin que falten las que se ocupan de la epistemología de las ciencias del hombre, la psicología y la gramática del español. Todas ellas, como se ha apuntado, son de fuerte orientación teórica (combinadas muchas con un importante basamento empírico), pudiéndose distinguir entre unas más ligeras y otras más profundas; unas más humanas y personales, y otras más impersonales; unas más didácticas y otras más técnicas.

2.2.1. En la primera de ellas, «La verdad lírica y la épica de la opinión» (págs. 59-71), el compañero de tantas empresas, C. Piera, reflexiona sobre el arrinconamiento de la poesía en nuestro mundo. La explicación de este hecho —cuya comprensión obligaría a pensar en los momentos en que la poesía ha sido mucho más fundamental— se encuentra en la oposición existente entre lo que la poesía es y los valores dominantes hoy. La teoría, de una sólida base filosófica (S. Weil y W. Benjamin, sobre todo), se articula en torno a estas dicotomías: verdad/opinión, literal/figurado y lírico/épico. Las tres permiten a C. Piera enfrentar dos grandes correlaciones: a) tiempo-opinión-relato-dependencia del lenguaje y del yo; y b) permanencia-verdad-poesía-liberación del lenguaje y del yo:

Fuera de la ciencia, que no es, en un sentido que puede hacerse perfectamente preciso, una actividad lingüística, el único género que corresponde a esa independencia de «yo» es el lírico. (pág. 70)

El artículo, muy poco retórico, de una sobria independencia, está lleno de sugerencias y de afirmaciones que obligan al lector a un continuo esfuerzo intelectual, cuya recompensa es el descubrimiento de lo que puede ser la lengua empleada en la poesía, en la medida en que ésta puede diferenciarse (pág. 67).

⁷ El papel de VSZ en la introducción de nuevas corrientes teóricas no se limita naturalmente al generativismo, de cuya ortodoxia sintactista en seguida le separaron sus intereses semánticos y pragmáticos. Precisamente, VSZ empieza a escribir de pragmática, desde la tradición anglosajona, en 1970 (¿cuántos podían hacerlo entonces en nuestro país?) y es uno de los primeros en presentar objeciones de peso a la Teoría de la Relevancia.

2.2.2. «La lógica milliana de las ciencias morales» de Jesús M. Larrazabal (págs. 73-94) es un trabajo muy concienzudo y documentado sobre el intento del filósofo inglés J. S. Mill (1806-1873) por dotar a las ciencias del hombre (humanas y sociales) de una lógica. El asunto es muy interesante para los historiadores de la ciencia. Con el positivismo de Comte se extendió la clasificación en ciencias de primera, las abstractas, las que operan con leyes («nomotéticas»), y ciencias de segunda, las concretas, que lo hacen sólo con hechos («idiográficas»). Las ciencias del hombre, con la excepción de la sociología, fueron incluidas en la segunda división. De acuerdo con esta atmósfera, la propuesta de Mill, deudora del auge de la Psicología en su época, merece atención, sobre todo, como testimonio de una época, cuyos presupuestos todavía no han desaparecido totalmente.

2.2.3. «Sobre la naturaleza de los fenómenos sociales» de Juan Delval (págs. 95-122) constituye un claro y comprehensivo recorrido por el universo social, a través de sus conceptos fundamentales (representaciones, conocimiento, ontología, reglas, funciones, intencionalidad y construcción). El artículo de J. Delval conecta con la problemática suscitada por Larrazabal, al ocuparse de la naturaleza de los fenómenos sociales y de su posible conocimiento (incluido el científico). Delval, dentro del mismo bifurcacionalismo implícito en Mill, quiere descubrir la especificidad de los objetos sociales respecto a los físicos y biológicos (*vid.* págs. 105-107). Si los segundos son «hechos brutos», «objetivos e independientes del sujeto que los observa o enuncia» (pág. 110), a los fenómenos sociales los define su carácter institucionalizado:

Lo característico de las relaciones sociales es que se trata de relaciones institucionalizadas en las que los individuos desempeñan papeles y que por tanto esas relaciones se dan no sólo entre tipos de actores que no actúan únicamente como organismos psicológicos, sino como sujetos que ejecutan un papel que se desarrolla como si estuviera escrito en un guión. (pág. 100)

Este rasgo tiene la importante consecuencia de que «los hechos sociales existen sólo porque creemos que existen y son hechos por acuerdo de los seres humanos» (pág. 109). Esta última cita parece tener una continuación natural en la vieja idea hermenéutica del carácter significativo de los hechos culturales.

Por este camino, Delval (págs. 100-103) distingue, dentro de los fenómenos sociales entendidos en el sentido amplio de «humanos», los tres órdenes de lo psicológico, lo social, s.s., y lo moral. Hecha esta delimitación, la realidad social, s.s., se explica de la mano de Searle con tres conceptos fundamentales: las reglas constitutivas, la intencionalidad colectiva y las funciones (pág. 110-116). Con su explicación concluye este sumamente claro recorrido.

2.2.4. «La filosofía, el lenguaje y la filosofía del lenguaje» de Fernando García Murga (págs. 123-139) llama la atención por su tono clarificador y didáctico, quizá este último excesivo para *Palabras*. El objeto del escrito de García Murga es, nada

menos, la realidad del lenguaje desde la Filosofía. La primera tarea en la que se centra es la identificación de la Filosofía —«la búsqueda del conocimiento verdadero del yo y del mundo (así como de los límites de ese conocimiento)» (pág. 126)—, una filosofía muy unida a la ciencia (como exigía VSZ, cf. Gomila, en este mismo volumen, pág. 143); y del filósofo, caracterizado por su trabajo solitario y precursor en la búsqueda de la verdad (pág. 124).

Seguidamente, afronta la realidad del lenguaje, tan característica del ser humano (pág. 129). Dejando aparte alguna discutible afirmación sobre la convencionalidad lingüística (págs. 126, 127), que seguramente rechazarían otros colaboradores de este homenaje, lo más significativo se encuentra en una postura pragmático-funcionalista, según la cual el lenguaje es «una herramienta que permite realizar muchas actividades diferentes» (pág. 128). García Murga parte de la triple distinción bühleriana (representación, expresión y apelación), lo que le permite defender alguna idea de la Filosofía del lenguaje y Pragmática actuales. La primera es, acogiéndose al «principio de expresabilidad» de Searle, que el lenguaje posee la capacidad de que «cualquier cosa que se quiera decir, se podrá expresar con exactitud» (pág. 128). Nos parece una afirmación arriesgada, con una importante y larga tradición en contra (Martí Sánchez, 2000, págs. 36-40). Junto a esta idea, están otras dos con claros ecos de VSZ: la existencia de usos lingüísticos no comunicativos y de actividades lingüísticas inintencionales e irracionales (pág. 129).

Sentadas estas bases, llega el momento de la Filosofía del lenguaje, a la que se somete a un repaso muy breve y general. Ante los peligros de desaparición que conlleva la aceptación de la postura analítica de la filosofía del lenguaje como «método de análisis filosófico» (pág. 133-135), García Murga ve ésta como una «filosofía regional», en la que siguen cabiendo los grandes asuntos del lenguaje que siempre han preocupado a los filósofos (págs. 135-136). Concluye este capítulo con un apéndice donde se recoge el programa de la «Filosofía del lenguaje» que impartió VSZ en el curso 1994-5.

2.2.5. «Conceptos y concepciones: Acerca del cambio conceptual» de A. Gomila Benejam (págs. 141-154) entra en un asunto clave de la psicología cognitiva (pág. 143), que afecta al lenguaje (a través de la cuestión del significado lingüístico) y a su uso (Reboul y Moeschler, 1998, pág. 121). Gomila se ocupa del debatido asunto de los límites conceptuales a través de la cuestión del cambio de los conceptos, tan importante en el desarrollo del lenguaje y en la historia de la ciencia (págs. 146-147). Consciente de los problemas que plantea la postura tradicional de las «condiciones necesarias y suficiente», pero también de las dificultades anejas a los relativismos y pesimismo actuales (págs. 144-146), se acoge a una postura sincrética (pág. 148). En ella, se combina un externismo propio de la filosofía positivista, con la idea de que el concepto se vincula a unas condiciones epistémicas mínimas, que llama «concepciones». «‘Tener un concepto’ es tener la capacidad mínima, no infalible, de reidentificar un objeto» (pág. 142), capacidad que presenta muchas formas, pero que en

ningún caso, «equivale a disponer de una definición, una explicación por medio de ‘condiciones necesarias y suficientes’» (pág. 142). Sentados estos presupuestos, los cambios de concepción originan un «cambio conceptual», «si afectan a la determinación de la referencia»; o, «una revisión de creencias» cuando producen «un enriquecimiento del ‘archivo’ mental correspondiente al concepto en cuestión» (págs. 142, 143).

2.2.6. «Filosofías de la mente y teoría contemporánea de la metáfora» de E. de Bustos (págs. 155-166) se divide claramente en dos partes, como refleja el título, cuya conexión a pesar de la común presencia de la metáfora es débil. En este trabajo claramente expositivo y cuyo mayor interés se encuentra en la información manejada, la primera parte se dedica a la metáfora. Esta primera parte es bastante sumaria, aunque en ella E. de Bustos muestra su gran conocimiento de la materia (cf. Bustos 2000). Frente a viejos tópicos, defiende la naturalidad de la metáfora en la representación del conocimiento y su extensión más allá de la literatura (pág. 156). Esta posición conecta con la teoría de la metáfora de G. Lakoff y Johnson, cognitivista y «continuista» entre el conocimiento común y el científico (págs. 157-158). La segunda parte está dedicada a la filosofía de la mente de hoy en día. El punto de partida son las diferencias entre los dos grandes modelos cognitivistas: la «teoría de la mente computatoria (modularismo)» y la «teoría de la mente corpórea (conexionismo)» (págs. 159-162). La exposición resulta muy clarificadora. Sin dejar del todo esta polémica modularismo/conexionismo, Bustos pasa revista a otras cuestiones de la filosofía de la mente a través de las dicotomías individual/social (págs. 162-163) y significativo objetivo/subjetivo (pág. 163). De la mano de un naturalismo evolucionista, muy en boga actualmente, se propone la superación de las mencionadas dualidades.

2.2.7. «Movimiento ficticio y estructura del evento» de T. Bejarano (págs. 167-181) es un claro ejemplo de la lingüística cognitiva funcionalista, en la que las representaciones mentales metafóricas desempeñan un papel muy importante para la explicación de los fenómenos lingüísticos.

La aportación de T. Bejarano es bastante compleja, habida cuenta de que implica unos concretos fenómenos perceptivos como explicación de fenómenos lingüísticos, que al final se descubren muy generales. Esa apelación a tales fenómenos perceptivos es el problema mayor que hemos encontrado en esta lectura; no obstante, el artículo es sugerente incluso para los que carecemos de competencia en estos asuntos donde se confunden lingüística y psicología. El punto de partida son dos construcciones, estudiadas por L. Talmy y G. Lakoff, en las que se relacionan espacio y cognición (pág. 168). Se trata del «movimiento ficticio» (*las cosas marchan muy bien*) y la «metáfora de estructura del suceso» (*me encuentro en un mar de dudas*). T. Bejarano parte de ambos fenómenos y de las teorías de Talmy y Lakoff, para separarse de estas dos en unas observaciones posteriores.

Frente a la idea de Talmy de un «sesgo hacia el dinamismo» presente en la percepción humana y animal, Bejarano detecta en el movimiento ficticio una propiedad específica de la especie humana: un «espesor retroactivo» «que, infringiendo la ‘puesta al día perceptiva’, se utiliza para comprender el presente como ‘el pasado inmediato más una transformación’» (págs. 173-174). Es difícil explicar esta idea de base evolucionista en tan apretado espacio. Lo que viene a decir es que, detrás de construcciones como *las cosas marchan muy bien*, opera en el hablante el recuerdo de los posibles pasos previos dados antes de la situación presente. Es una idea interesante, que podría trasladarse también a otros fenómenos como la polifonía o esas condicionales de hipótesis cumplida (*si estamos aquí, ¿cómo no vamos a ver al tío?*), tan próximas a las causales.

Contra Lakoff, que niega la metáfora en enunciados como *el gato está en la alfombra* (frente a *yo estoy en apuros*), Bejarano no cree que haya sólo la simple descripción de un estado, la mente humana va más allá. A través de la relación sujeto/predicado, se produce «la transformación de un percepto o creencia que está ya desfasado y no vigente para el hablante en el momento en que éste empieza a formular su juicio» (pág. 179). En el caso de *el gato está en la alfombra*, la percepción desfasada sería el movimiento anterior a la situación presente. La teoría es compleja pero merece la pena, con consecuencias para la predicación y también para la propia lingüística cognitiva. De Lutero se dijo que de tanto ver pecado en todas partes acabó por eliminarlo; con la segunda propuesta de Bejarano, nos preguntamos si lo mismo no puede suceder en la lingüística cognitiva con las metáforas, omnipresentes tras cualquier fenómeno lingüístico.

2.2.8. «La demarcación de lo explícito y lo implícito» de B. Vicente (págs. 183-200) abre un bloque dedicado a la pragmática interpretativista. Y lo abre —como indica el título— con la distinción entre ambos niveles, entre los que se sitúa un tercero: el de las «implicaturas» de K. Bach. El asunto es importante en sí mismo, pero tiene el interés añadido —recordemos lo que acaba de verse con la lingüística cognitiva y las metáforas— de mostrar un deseo por restringir el poder de lo implícito ante el peligro (percibido por los verdaderos especialistas en estas corrientes pragmáticas) de que pueda irse fácilmente de las manos, una vez superada la primera fase del éxito minoritario.

K. Bach establece el nivel intermedio de lo implícitado para dar cuenta de esas representaciones próximas a lo dicho (pág. 187), en las que su «indeterminación semántica» se completa «con la inserción de material conceptual adicional» (*la lámpara es barata/la lámpara es barata en comparación con otras lámparas*) (pág. 185) o «se expande por exigencias pragmáticas» (*Todos vinieron/ todos los compañeros del departamento vinieron a mi fiesta*) (pág. 186).

Lo implícitado no supera el riguroso examen al que lo somete B. Vicente. Para la profesora del País Vasco, la clave se encuentra en

que el nivel de lo que se dice es un nivel de comunicación verbal, no un nivel de representación gramatical: comunicamos pensamientos parcialmente vehiculados por formas lingüísticas, no representaciones lingüísticas (pág. 189)

Esta posición tiene sus consecuencias. Por un lado, aumenta la porción de contenido transmitido correspondiente a las «explicaturas». Justamente en la línea de Sperber y Wilson, quienes desde 1995 han aumentado las tareas de las explicaturas con esas «explicaturas de alto nivel»⁸. Por otro, defiende el criterio de «independencia lógica» de Carston, según el cual, las «implicaturas conversacionales» son externas a lo dicho (pág. 191), sin que quepa la posibilidad de hablar de «entrañamientos» (pág. 199). Eso sí, se mantiene, no podía ser de otro modo, que la proposición expresada «puede servir de base para el cálculo de los supuestos implicados» (pág. 189).

2.2.9. «De lo dicho y otros aspectos de la comunicación» de K. Korta (págs. 201-218) es un buen complemento al capítulo de B. Vicente. Lo es, primero, porque en gran medida vuelve sobre las mismas cuestiones; y, segundo, porque lo hace de un modo más amigable para el profano, deteniéndose mucho más en la aclaración de los conceptos fundamentales. Habría sido preferible que hubiera aparecido el escrito de Korta en primer lugar.

En efecto, el artículo de Korta se dedica sobre todo a una exposición clara y pedagógica de la distinción griceana entre lo dicho y lo implicado, a sus críticas (Recanati, Carston, Sperber y Wilson) orientadas a restringir el ámbito de lo implícito; y, en fin, a la noción de implicatura en Bach. Ésta, frente a lo que piensa Vicente, es defendible de la mano de los criterios de Grice de inseparabilidad y cancelabilidad. De acuerdo con Bach, frente a las implicaturas conversacionales (excepto las relacionadas con la máxima de modo), las implicaturas dependen del modo de decir de su enunciado (págs. 212-214). En cuanto a la cancelabilidad, las cosas no parecen muy claras en la argumentación de Korta; pues, si no hay dudas respecto al carácter cancelable de las implicaturas, en lo tocante a las implicaturas confesamos cierta perplejidad ante afirmaciones (págs. 214-216) y cuadros que entendemos contradictorios (págs. 202 y 216). Como sabemos mucho menos que el reseñado, seguramente es que no lo hemos entendido bien⁹.

2.2.10. «Sintaxis y ‘uso interpretativo’» de V. Escandell (págs. 219-259) es un artículo magnífico, llamado a suscitar futuros trabajos interesados por la gramaticalización de los fenómenos pragmáticos. El asunto es del máximo interés, conecta con algunos principios cognitivistas respecto al cambio lingüístico y presenta un

⁸ Es curioso que B. Vicente, una de nuestras mayores especialistas en esta teoría, no menciona la novedad relevantista.

⁹ Sea como fuere y que la aplicación de los tests griceanos nos parece interesante, este trabajo como el precedente de B. Vicente (éste, en un grado más alto) son testimonio de esta etapa de la historia de la pragmática en la que nos encontramos, que busca «llevar la discusión a términos más ‘científicos’ —más alejados del terreno conceptual e intuitivo en el que aparentemente todavía nos vemos situados en pragmática—» (pág. 217).

nuevo frente en la comentada empresa de dotar a la pragmática de bases cada vez más sólidas.

V. Escandell arranca de la distinción relevantista —emparentada con otro concepto clave, «polifonía»— entre «uso descriptivo» e «interpretativo»:

Un enunciado es una «descripción» cuando su contenido proposicional quiere reflejar un estado de cosas; en cambio, se dice que está usado de manera «interpretativa» cuando representa otra forma proposicional, a la que se asemeja en algún aspecto. (pág. 222)

Su objetivo, «aportar datos a favor de la existencia de gramaticalizaciones del uso interpretativo» (pág. 220), esto es, de marcas explícitas y construcciones específicas que sirvan de pista al oyente en esa lectura (pág. 226). Para ello se fija en un tipo de interrogativas, las «metarrepresentacionales». Estas interrogativas, derivadas de las básicas («canónicas») (págs. 230, 248), sirven para mostrar determinadas actitudes ante una proposición atribuida a otro: *¿Vete?* (= ¿has dicho: 'vete?'), *¿tú vas a venir?* (= ¿has dicho: 'yo voy a venir?').

Estas interrogativas presentan unas determinadas características codificadas gramaticalmente: orden sujeto/verbo y una entonación circunfleja ¹⁰, que esconde una estructura propia (págs. 232-233), como reflejan su comportamiento ante los «términos de polaridad negativa» (*¿Si Juan ha hecho el mínimo esfuerzo por ayudarte? Hombre, yo creo que no deberías dudarle*) (pág. 234), o su capacidad de incluir modalidades distintas de la interrogativa (*¿que no hace calor?*) (págs. 238-242). Junto a estas características pragmáticas y sintácticas, las interrogativas metarrepresentacionales también poseen especificidad semántica: frente a las interrogativas canónicas en las que se distingue un foco y una presuposición, en las metarrepresentacionales sólo hay foco (pág. 252).

2.2.11. «Sobre descriptores pragmáticos en contextos jurídicos. Pierre-Yves, Luisa y Víctor» de P. Casanovas (págs. 261-281) más que un escrito académico estándar son unas reflexiones dialógicas (fundamentalmente con dos representantes del «análisis crítico del discurso», P.-Y. Raccach y L. Martín Rojo), acompañadas de unas transcripciones. Todo ello se enmarca en el seno de unas investigaciones sociopragmáticas, en las que el autor se halla inmerso y cuyo objetivo es «arrojar luz sobre los procesos de memoria, comunicación y razonamiento que se producen en las interacciones profesionales del derecho contemporáneo» (pág. 262).

El artículo, cuyo contenido nos gustaría analizar a la luz del durísimo M. Bunge (2000 [1999]), ofrece unas reflexiones metodológicas de bastante calado como, una inicial respecto a la definición de los campos disciplinares (págs. 261-262) y otra más extensa sobre el análisis de las interacciones humanas. Todas ellas son un buen

¹⁰ Habría que ver si podrían incluirse entre estas marcas los operadores *que* y *cómo* (*¿Cómo que no vienes?*, *¿que no te ha gustado?*).

motivo para acercarse a los problemas que ofrecen los contactos entre diversas ciencias y, como consecuencia suya, la exportación de términos de una a otra. Esto último es lo que sucede con «marcador pragmático», utilizado en esta investigación sociopragmática de una manera bastante distinta —aunque exista un «parecido de familia»— a como es habitual en pragmática lingüística y análisis del discurso (donde se confunde con «marcador discursivo») (pág. 267). Precisamente, esta discrepancia y las críticas subsiguientes de Raccah y Martín Rojo (pág. 268) hacen pensar —con buen criterio aunque su postura inicial era bien comprensible— a Casanovas en la conveniencia de hablar mejor de «descriptor pragmático» (pág. 273).

2.2.12. La colaboración de V. Demonte, «Algunas conjeturas sobre el espacio lingüístico de las emociones» (págs. 283-302), constituye el esfuerzo de una lingüista por internarse por ese nuevo territorio intelectual, tan asediado últimamente por científicos de diferentes campos, que es la afectividad humana (cf. Castilla del Pino, 1999; García Murga, 1999, pág. 414; Jáuregui, 2000 [1990] o, en este mismo volumen, el capítulo de M. D. Avia). Se trata de probar que:

En el lenguaje, en su vocabulario, en sus construcciones y en sus expresiones cuasi congeladas, se configuran algunos de los límites para la expresión y comprensión de los estados mentales que se suelen llamar emociones. (pág. 283)

Si recordamos, semejante ha sido la dirección que ha guiado los brillantes Marina 1998 y Marina y López Pernas 1999. Pero no son éstos los referentes ¹¹ de V. Demonte, sino la pragmática de VSZ (con su teoría de las emociones), y la semántica conceptual de Jackendoff —muy valorada últimamente por los chomskianos ortodoxos, como sucedió a principios de los setenta con su semántica interpretativa en los tiempos de «las guerras lingüísticas»—. Después de un actualizado recorrido por el modularismo lingüístico y las emociones, el artículo concluye con unos valiosos datos acerca de cómo la gramática recoge la distinción de Oatley y Johnson-Laird entre modos emocionales básicos (tristeza, felicidad, ira, miedo y asco) y complejos (págs. 296-300). Con estos datos y desde unos presupuestos teóricos distintos, algunos investigadores habrían ido más allá adentrándose en las oscuras aguas del relativismo lingüístico.

2.2.13. «¿Qué sabe el que sabe hacer algo? *Saber* entre los predicados modales» de I. Bosque (págs. 303-323), a pesar del título, seguramente un homenaje a VSZ, rompe con la puridisciplinariedad de la mayor parte de las colaboraciones precedentes para concentrarse en la gramática formal (en un sentido amplio, pues también se tiene en cuenta el significado). Se trata de un escrito muy técnico (aunque con un gran control de los tecnicismos empleados), en el que el gran lingüista

¹¹ No lo son por evidentes razones cronológicas y porque se mueven en un marco teórico distinto (un cognitivismo funcionalista y antropológico).

se mueve por las profundidades de un tipo de construcciones de *saber*; en el que éste representa un tipo de habilidad o capacidad (*Juan sabe cantar*) (pág. 315). En tales construcciones, *saber* se comporta parcialmente como un verbo modal (como *poder* en *yo puedo hacerlo*), pero parcialmente también como uno principal (págs. 307-311). La «paradoja» se resuelve cuando se comprueba que *saber* es un modal «deóntico» (págs. 311-313) y que, como tal, comparte con los verbos principales la capacidad de asignar su sujeto (pág. 314), lo que no impide que forme parte de una perífrasis verbal (pág. 321).

La lectura del artículo de I. Bosque, recomendable en sí misma, nos convence una vez más de la verdad socrática del «sólo sé que no sé nada» y cómo, detrás de esas generalizaciones que se manejan en gramática, se esconde multitud de fenómenos en los que nunca o casi nunca reparamos. En fin, su trabajo es de consulta indispensable para los estudiosos de las perífrasis verbales, pues en él se revisan viejas posturas como la resistencia a tomar como tales los complejos *querer + infinitivo*, *lograr/conseguir/tratar de/ necesitar + infinitivo* (págs. 316-321).

2.2.14. «De la interpretación de enunciados a la actividad lingüística. El caso de la negación expletiva» de M. T. Espinal (págs. 325-337) supone, dentro del volumen, una vuelta a la pragmática lingüística. El título doble ya sugiere las dos partes en que se divide el escrito. La primera está dedicada a VSZ, con unos hermosos recuerdos y una sucinta pero valiosa exposición de sus ideas pragmáticas (págs. 325-330. Cf. García Murga, 1999). La segunda se ocupa de ese fenómeno aparentemente (sólo, aparentemente, pág. 336) tan peculiar de algunas lenguas como es el *no* expletivo, es decir, ese marcador negativo que no niega (*¿Cuántas cosas no habrá visto usted!*). Sometido a un análisis semántico formal, Espinal observa que la negación expletiva se explica por su dependencia respecto de ciertos elementos (operadores comparativos de desigualdad, algunas preposiciones, ciertos predicados negativos y adversativos, y el operador exclamativo de alto grado) que implican «no veracidad» (*i.e.*, la duda respecto a su falsedad) (págs. 333-335). Termina el artículo con unos interesantes apuntes sobre el carácter necesario de la construcción en ciertos casos en que la omisión de *no* conlleva cambios de significado (*¿Hay quien dude [sic] que no son falsas las tales historias?/¿Hay quien dude que son falsas las tales historias?*) (págs. 335-336).

2.2.15. «Significado e inferencia a partir de los condicionales ‘a menos que’» de J. A. García Madruga (págs. 339-354) se ofrece como homenaje a VSZ al retomar, desde la psicología cognitiva, un viejo asunto que a éste le interesó. De forma muy estructurada, se establecen en primer lugar las características del conector *a menos que* (págs. 343-344). En ellas, sobresalen sus diferencias respecto a *si no*, sus semejanzas con *sólo si* —como se sostiene desde la teoría de los modelos mentales— y la frecuencia con que aparece en estructuras cuya prótasis es negativa (*no iré a menos que me pida perdón*). Seguidamente, analiza las explicaciones del razonamiento condicional que se postulan desde las dos teorías principales del razonamiento deductivo: la de reglas formales y la de modelos mentales (págs. 344-348).

Estas dos explicaciones las traslada al examen concreto del funcionamiento de *a menos que* (págs. 348-352). La conclusión final y de acuerdo con los datos manejados es favorable a la teorización de los modelos mentales (págs. 352-353).

2.2.16. En «La adquisición del lenguaje a finales de los 90: un sistema autoformante» de S. López Ornat (págs. 355-380), se centra en una cuestión muy polémica desde la famosa reseña de Chomsky de *Verbal Behavior* de Skinner. El artículo de tan destacada especialista no deja indiferente. Por varias razones, pero fundamentalmente por lo que supone de renovación y de nuevo planteamiento, desde bases mucho más empíricas, de un asunto despachado a menudo demasiado apriorísticamente (pág. 356). Como síntesis de los opuestos innatismo y ambientalismo, se propone el enfoque «autoformante» (págs. 357-358), claramente relacionado con los modelos conexionistas (págs. 374-376). Según éste, al niño le llega mucha más información en calidad y cantidad de la que los innatistas reconocen, «con ella, el cerebro humano puede llegar a inferir un sistema lógico (la gramática de una lengua)» (pág. 357), constituido por unos mecanismos de selección perceptiva (pág. 363).

2.2.17. «Apuntes para una ciencia de la persona» de M. D. Avia (pág. 381-397) es un excelente cierre, en el que se combinan las dos grandes características de *Palabras*: el calor humano y la ciencia. Su lectura nos ha llevado a reflexionar acerca de que cualquiera de nosotros no es sólo un especialista en una materia determinada, también es un hombre al que nada de lo humano puede serle ajeno. Quizá éste sea el rasgo que define al intelectual o, mejor aún, al sabio. Su olvido es, nos parece, una causa de esa crisis de las Humanidades de la que tanto se habla ahora.

A través de un continuo diálogo con VSZ, M. D. Avia va respondiendo a la pregunta de «¿por qué actúa [la gente], qué le pasa, qué hay debajo de lo que vemos hacer?» (pág. 381), deslizando unas ideas que obligan a ser pensadas una y otra vez. La permanencia de lo personal (págs. 382-384), la importancia de encontrarse uno a sí mismo (pág. 385), el papel de las emociones (págs. 385-387) o el de las actividades simbólicas (las del *como si*) (págs. 387-389)¹², la estructura de la personalidad y sus necesidades (págs. 389-393) y las capacidades de todo ser humano (págs. 393-394) son los principales asuntos que desfilan ante un lector progresivamente cautivado.

Con este escrito concluyen las colaboraciones de este volumen, cuya consulta aconsejamos vivamente. El hacerlo, además de un acto de justicia con el genio desaparecido, permitirá acercarse a lo que están haciendo, en plena sintonía con lo que está realizándose fuera, algunas de nuestras máximas figuras en Filosofía de la Ciencia y del Lenguaje, Lingüística, Pragmática o Psicología.

¹² Esto último permite unas reflexiones sobre la infancia maravillosas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bustos, E. de (2000): *La metáfora. Ensayos transdisciplinares*, Madrid, Fondo de Cultura Económica/UNED.
- Bunge, M. (2000 [1999]): *La relación entre la sociología y la filosofía*, Madrid/ /México/B. Aires, Edaf (Trad. esp. de M. D. González Rodríguez. Revisión de M. Á. Quintanilla).
- Castilla del Pino, C. (2000): *Teoría de los sentimientos*, Barcelona, Tusquets.
- Demonte, V. (1997): «Víctor Sánchez de Zavala: el amparo del pensamiento», *Isegoría* 16, págs. 280-283.
- Demonte, V. y Espinal, M. T. (1998): «Sobre el pensamiento lingüístico y filosófico de Víctor Sánchez de Zavala», *Theoria* (2.ª Época) 13, 1, págs. 5-32.
- García Murga, F. (1999): «Por los vericuetos de la pragmática: *Hacia la pragmática (psicológica)* de Víctor Sánchez de Zavala», *RSEL* 29, 2, 405-433.
- Gomila Benejam, A. (1998): «Tras la pragmática intencionalista», *Theoria* (2.ª Época) 13, 1, 33-49.
- Jáuregui, J. A. (2000 [1990]): *Cerebro y emociones*, Madrid, Maeva⁵.
- Mariás, J. (1972 [1948]): *Filosofía española actual (Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri)*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral n.º 804⁵.
- Marina, J. A. (1998): *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama.
- Marina, J. A. y López Penas, M. (1999): *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama.
- Martí Sánchez, M. (2000): *Los fines del hablar. Funciones del lenguaje, lenguas y uso lingüístico*, Valencia, Centro de Estudios sobre Comunicación Interlingüística e Intercultural, LynX Documentos de Trabajo 29.
- (en prensa): «Acerca del *Álgebra del lenguaje* (con motivo de un discurso de Rey Pastor)», *Actas del III Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, Vigo, Universidade.
- Piera, C. (1997): «Alrededores de Víctor Sánchez de Zavala», *Revista de Occidente* 197, págs. 74-88.
- Reboul, A. y Moeschler, J. (1998): *La pragmatique aujourd'hui. Une nouvelle science de la communication*, París, Seuil.

MANUEL MARTÍ SÁNCHEZ
 Universidad de Alcalá